

Revista de Pastoral Juvenil

# MISIÓN Joven



# MJ

**Separata**

**MJ 528-529 (Enero-Febrero 2021)**

materiales

Páginas 85-106

**El camino de Jesús (I)**

---

JOSÉ MIGUEL NÚÑEZ



MISIÓN  
jóvenes

# materiales

## El camino de Jesús (I)

---

JOSÉ MIGUEL NÚÑEZ

“El camino de Jesús” es una propuesta de itinerario creyente para redescubrir la experiencia de los primeros discípulos que siguieron de cerca al Mesías. El encuentro con Él cambió sus vidas; su palabra puso luz en medio de la oscuridad y el sin sentido; sus gestos fueron abrigo para tanta soledad; su entrega sin límites les ayudó a reconocer que solo el amor es digno de ser creído. Hoy como ayer, la persona de Jesús sigue siendo el Camino por el que transitar en una existencia llena de sentido; la única Verdad por

la que vale la pena apostar todo; la Vida que nos hace hombres y mujeres más plenos. Pensado para trabajar con jóvenes, los textos que se proponen a continuación quieren propiciar el encuentro con el Maestro de la mano de los que le acompañaron por los caminos de Galilea y se quedaron con Él hasta el final. Es una invitación a visitar el Evangelio, a través de un discípulo imaginario, para identificarnos con el Señor de la Vida y hacer nuestro su mensaje. Con Él, el Reino ya está entre nosotros.

Edward Schillebeeckx en su obra “Jesús, historia de un viviente” utiliza la expresión “*itinerarium mentis*” para referirse a la búsqueda de Jesús según la propia experiencia de los discípulos en su descubrimiento del Mesías, del proyecto salvador de Dios, de su propio camino como seguidores del Maestro. El suyo fue un descubrimiento progresivo, un camino recorrido en el asombro y la expectación, entre la docilidad al Espíritu y la identificación con el Cristo. Es un camino difícil, un arduo desfiladero, una puerta estrecha que exige del discípulo apertura y combate interior, cambio y decisión, perseverancia y confianza en Dios que conduce nuestros pasos.

## La búsqueda

Te escribo, querido Jonás, para contarte cuanto me aconteció en mi experiencia con Jesús el Nazareno, un profeta poderoso en obras y palabras de quien – estoy seguro – has oído a hablar mucho en estos años. Yo mismo te referí de él en mi última visita a tu casa, cuando comenzaba todo y ni siquiera podía imaginar hasta qué punto toda aquella aventura iba a cambiar mi vida. Quiero relatarte con fidelidad lo que sucedió y deseo expresar con palabras lo que ha supuesto para mí el encuentro con quién hoy reconozco, sin dudar, como el Mesías esperado y el Señor de la vida. Espero poder narrar con detalle lo vivido y poner en orden tantos recuerdos como se agolpan en mi memoria. Todo comenzó en Galilea.

Nunca podré olvidar cuando lo vi por primera vez. Hace ya casi dos años. Aquella mañana, cuando me levanté, creo que tenía tomada la determinación: decidí continuar con el grupo. En aquel momento no podía ni imaginar cómo iba a cambiar mi vida aquella decisión. No podía saberlo, claro, pero la verdad es que ardía en deseos de hablar con Jesús y quería encontrar la oportunidad de preguntarle quién era realmente.

Yo era, por entonces, algo más joven. A mis veinte años me sentía decidido a comerme el mundo; pero la rutina, el trabajo cotidiano y el lago donde cada día faenábamos comenzaban a limitar mis sueños. La fatiga cotidiana imponía poco a poco la ley del realismo que caía sin piedad sobre todos los que carecíamos de más expectativas que no fueran, claro, las de sobrevivir con dignidad.

Por aquellos meses, algunos acontecimientos habían alterado la habitual rutina de la comarca donde nunca sucedía nada más allá de los devaneos de la corte de Herodes que de vez en cuando se dejaban sentir. Muchos hablaban de un profeta nuevo, Juan, que anda-

ba bautizando más allá del Jordán y que anunciaba la inminente llegada del Reino de Dios exhortando a la conversión. Un poco extraño aquel Juan. Sin embargo, sus palabras de fuego habían encendido una chispa de ilusión en muchos de los que acudían a escucharlo.

Lo cierto es que muchos en Israel esperaban el cumplimiento de las viejas profecías. No faltaban los “mesías” que se arrogaban la pretensión de ser los auténticos portavoces de Yahveh. El terreno estaba abonado y la gente sencilla, aplastada por la pobreza, el dolor y la culpa clamaba a Dios para que, como antaño, el Señor de los Ejércitos condujera finalmente a su pueblo, como por un vado en medio de las aguas caudalosas de la historia, hasta la tierra prometida.

Muchos, como sabes, anunciaban la llegada del Mesías de forma inminente. Pero si he de ser sincero, la verdad es que a mí no me convencían demasiado todos aquellos falsos profetas que iban embaucando a la gente con tono apocalíptico. A pesar de todo – lo confieso-, más de una vez me dejé llevar por la curiosidad y me paré a escuchar, más escéptico que interesado, los mensajes escatológicos de algunos de aquellos agoreros.

Fue así, por curiosidad, como me acerqué al desierto. Recuerdo bien la primera vez que escuché a Juan en la orilla del Jordán. Desde el primer momento me llamó la atención la fuerza de sus palabras. Arremetió con furor contra los que ostentan el poder y oprimen a los más débiles y pedía a gritos un cambio de situación. Sonaba convincente su discurso y pedía a todos los que lo escuchaban que cambiasen de conducta porque el reino de Dios estaba a las puertas. Su mensaje de conversión y de anuncio del cumplimiento de las viejas profecías no parecían sólo las palabras de un loco visionario:

—¡Convertíos, porque el reino de los cielos está cerca!

No sé cómo aquella mañana, la de mi decisión de unirme al grupo de Jesús, me vinieron a la mente las palabras y el recuerdo de Juan. Supe en esos días que Herodes lo había apresado y lo mantenía encarcelado. No debieron gustarle sus palabras y el que lo hubiese llamado “zorro” criticando seriamente su modo de vivir. Lo cierto es que, de momento, parecía que había logrado silenciar sus palabras.

Bien temprano, nos pusimos en marcha no sé muy bien hacia dónde. Pero me impulsaba el fuerte deseo de conocer algo más sobre aquel rabino galileo y sus seguidores. No podía sospechar que estaba a punto de suceder algo que me quedaría impreso en mi memoria y en mi corazón durante mucho tiempo. No entendí del todo bien y solo mucho más tarde caí en la cuenta del sentido de lo que vivimos aquel día.

Cuando íbamos de camino, se acercaron hasta nosotros dos hombres; uno más joven, el otro algo más entrado en años. Querían hablar con Jesús. Decían ser discípulos de Juan y ser enviados en su nombre para interrogar a Jesús de parte de su maestro:

—*¿Eres tú el que debe venir o debemos esperar a otro?*

Todos nos quedamos estupefactos ante la pregunta. ¿El que había de venir? ¿Esperar a otro? Pero..., ¿Juan no era un profeta? ¿Qué quería decir con esas palabras? Pero si enigmática fue la pregunta, más sorprendente aún fue la respuesta. Jesús les contestó:

—*Andad y referid a Juan lo que veis y oís: los ciegos recuperan la vista, los cojos caminan, los leprosos son curados, los sordos recuperan el oído, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia de Dios... ¡Felices los que no se escandalizan de mí!*

Un murmullo empezó a extenderse entre el grupo. Yo no salía de mi asombro y me pre-

guntaba qué quería decir todo aquello. Así que ¿Era él? Días atrás me habían contado que habían visto a Jesús curar a una mujer, y a la hija de Jairo..., el de la sinagoga. Entonces no había dado crédito a las habladurías... ¿Sería verdad? ¿Qué querían decir sus palabras? Continuó Jesús:

—*¿Qué fuisteis a ver en el desierto? (Jesús, en ese momento me miró... yo desvié enseguida la mirada haciéndome el desentendido). ¿Una caña golpeada por el viento? ¿Un hombre con vestidos preciosos? ¿Un profeta? Pues sí, eso es, un profeta. Aquel del que ha sido escrito: ‘mirad, yo mando delante de ti a mi mensajero, que preparará tu camino delante de ti’.*

Algo estaba sucediendo y yo no alcanzaba a comprenderlo. Lo entendí mucho más tarde, cuando acabó todo en Jerusalén. Jesús era aquel a quien todos los profetas anunciaron y que debía hacer realidad plena todas las promesas de Dios. Jesús era el “ungido de Dios”, el Mesías esperado, el justo que los cielos abiertos debían llover, el reino de Dios que la tierra, finalmente, habría de germinar. Aquel día se cumplía ante nosotros la profecía y no supimos entenderlo. Dicen que a Juan se le encendió la mirada cuando sus discípulos le refirieron en la cárcel cuanto Jesús había dicho. Poco días después fue decapitado.

¿Qué cómo encajé aquello? Que Jesús fuese, de verdad, el Mesías que esperaba nuestro pueblo, no alcanzaba a verlo claro. Muchas veces pensé si Jesús no sería un impostor. Te aseguro, Jonás, que en aquellos primeros momentos sólo me sentí subyugado por la fuerza de su palabra y su propuesta encendida y liberadora. ¡Qué lejos estaba entonces de comprender quién era Jesús! Faltaban muchos senderos todavía por recorrer para descubrir qué me pedía Jesús, hasta dónde caminar con él y cuál era la liberación de la que hablaba. Pero no adelantemos acontecimientos, querido Jonás.

Volviendo al encuentro con los discípulos del Bautista, la verdad es que, en el grupo de Jesús, cada cual lo entendió a su manera. Para Simón, a quien llamaban “el zelotas”, fue fácil identificar al Mesías y su grupo con un nuevo movimiento político que pasaba, necesariamente, por la expulsión de los invasores romanos de la tierra de la promesa. Muchos pensaban como él. Sólo entonces Israel será libre y Yahveh comenzará a reinar.

Por aquel entonces, ya parecía haber saltado la chispa del conflicto con la secta de los fariseos y con los sacerdotes del Templo. Jesús había encarado su altanería y su supuesta y cumplidora justificación legalista de la vida. Lo cierto es que el mensaje de Jesús no encajaba con su manera de entender la historia. Para ellos, que también esperaban al Mesías, se trataba de vivir con la mayor fidelidad posible a cada punto y coma de la ley de Moisés que, con el correr de los siglos, se había deformado. Con las adherencias que el tiempo había depositado en ella se había convertido en un pesado fardo que aplastaba, culpabilizaba y terminaba por olvidar a las personas, especialmente a los más sencillos, a la pobre gente del pueblo como nosotros. Nada más lejos de la propuesta liberadora de Jesús.

También recordarás que, hace tiempo, hastiados de tanta infidelidad y maledicencia del pueblo de dura testuz, los más religiosos se apartaron del gran pecado del mundo y se recluyeron en el desierto buscando la pureza ritual. Los esenios están convencidos de que son ellos los que harán surgir el Reino de Dios, que son los auténticos y los únicos herederos de la promesa. ¡Qué ilusos!

En medio de este ambiente de gran eferescencia religiosa, el mensaje de Jesús de Nazaret no encuadraba en ninguno de los cánones establecidos. No era fácil descubrir en sus palabras y en sus signos el cumplimiento mesiánico. Y es que la novedad del Reino que aquel rabino galileo anunciaba no esta-

ba en su liderazgo político, ni en el erigirse en abanderado de un proyecto de restauración mosaica. El Reino es, por el contrario, una realidad que se abre paso en la historia desde una auténtica revolución en el interior de cada persona y que se proyecta en la transformación del mundo según el corazón de Dios que no se ha olvidado de su pueblo como un padre nunca olvida a sus hijos.

Te preguntarás qué fue lo que me impulsó a continuar con su grupo. No lo sé a ciencia cierta, pero recuerdo que Jesús ejercía sobre mí una atracción fascinante y sus palabras quedaron grabadas en mi corazón porque eran palabras de vida. A pesar de todo, en aquellos primeros momentos no alcanzaba a comprender cuando nos hablaba del grano que cae en la tierra y muere si quiere ser fecundo... ni pude atisbar la profundidad de su palabra cuando nos invitaba en dejarlo todo y seguirle. Pensé que exageraba cuando nos insistió en la necesidad de vivir desprendidos y renunciar a uno mismo; estuve tentado de abandonar cuando hablaba de radicalidad, de tomar la cruz, de perdonar sin límites... Llegué a pensar que estaba loco cuando decidió meterse en la boca del lobo y no rehuir el conflicto. También, me avergüenza reconocerlo, me escondí cuando parecía que el final había llegado irremisiblemente. ¡Qué equivocado estaba!

Recuerdo cuando nos habló de su muerte. ¡Jesús colgado del madero! Pero... ¿Qué es esto? ¿Qué Mesías eres tú? Me rebelaba tozudamente contra el destino fatal que se cernía sobre nosotros. Solo lo entendí más tarde. Había escogido el camino de la entrega, de la humillación, de la pequeñez, del sufrimiento, de la renuncia, del dolor, del amor desarmado, del abrazo sin medida, del perdón, de la liberación... Lo entendí más tarde. Solo el amor libera, el amor desarmado, el amor sin medida, el amor-que-es-más-fuerte-que-la-muerte.

Dios estuvo grande con Jesús, estuvo grande con nosotros crucificando el dolor del mundo y sanando, en su muerte, la herida abierta de todos los vencidos. ¡El era el Mesías de Dios, su ungido, el amor desarmado, nuestra liberación!

Pero ya estoy adelantando acontecimientos. Perdona, Jonás. Vayamos por partes.

## El seguimiento

Los acontecimientos, los momentos vividos, las emociones... se agolpan en mi mente y afloran a borbotones. Trato de poner un poco de orden en mis recuerdos. Quisiera, querido Jonás, contarte qué significó para mí la invitación de Jesús a seguirle. Fue la primera vez que hablamos y me sorprendió que supiese mi nombre. Seguramente le habría llamado la atención que llevase con ellos algún tiempo y me hubiera mantenido discretamente distante. Supe más tarde que Santiago, a quien conocía desde niño, le había hablado de mí. ¿Sabes? Lo cierto es que aquella noche tardé en conciliar el sueño.

Empezaba a hacer buen tiempo. Las tardes se alargaban y el sol, más perezoso que de costumbre, se obstinaba en arder con un fuego intenso en el horizonte. Por entonces, me había unido establemente al grupo desde hacía unas semanas y comenzaba a entenderme con aquel puñado de galileos a los que me unía la incertidumbre de no saber muy bien dónde iba a acabar aquello.

Una tarde, cansados de la jornada y sentados alrededor de fuego después de haber tomado un bocado, por fin me decidí.

—Maestro...

—Di, Silas.

—¿Qué tengo que hacer para ser una persona lograda?

—Lo sabes bien, ¿no? Cumple los mandamientos...

—Maestro, ya lo intento desde que tengo uso de razón, desde que era pequeño me enseñaron a amar a Dios y a mi prójimo, ¿no se resume en esto la ley?

Todos estábamos pendientes de su respuesta. Creo que había estado hábil en mi planteamiento... Pero Jesús se me quedó mirando con cierta ternura y añadió ...

—Muy bien, Silas, muy bien... pero, ¿sabes? Si quieres encontrar el camino de la vida... vende lo que tienes y dáselo a los pobres. Después, con el corazón liberado, ¡vente conmigo!

No supe qué responder. Bajé la cabeza y continué jugueteando con las brasas simulando estar distraído. Tras un silencio algo embarazoso, la conversación continuó comentando perezosamente algunas anécdotas del día y mi pregunta – y su respuesta – se desvanecieron en la noche como el humo del fuego termina por desaparecer cuando trepa en la oscuridad. Sin embargo, no pude evitar seguir ensimismado en su respuesta: “si quieres encontrar el camino de la vida...”. ¿Vender lo que tengo? ¿Liberar el corazón? Me pareció estar fuera de sitio, me sentí algo herido por su aparente salida de tono y pensé en que al día siguiente volvería a casa... ¡Qué torpe fui! Mi orgullo no me dejó descubrir la hondura de su propuesta. Mi seguridad no me permitió percibir el brillo de su mirada y la radicalidad de sus palabras. Fui un estúpido, Jonás. Perdí la oportunidad aquella noche, al abrigo de las sombras, de quedarme para siempre atrapado en la luz de su fuego.

¡No sabes cuántas veces se repitió esta misma escena! Algo había en la mirada de aquel galileo que subyugaba cuando cruzabas tu mirada con la suya...

Ahora lo sé. Aunque, a decir verdad, creo que siempre lo he sabido. Era su irresistible

mirada, la fuerza de sus palabras y la ternura de sus manos lo que provocaba la cercanía de aquellos hombres y mujeres a Jesús. Fueron muchos los que sintieron atraídos por el ideal, la propuesta y el estilo de Jesús de Nazaret y se acercaron -quizás con curiosidad- a aquel hombre de ojos penetrantes y abierta acogida. En su encuentro, sintieron su palabra cálida y la subversiva invitación a dejarlo todo por el Reino que ya había irrumpido en sus pobres historias porque Dios había estado grande, una vez más, con ellos.

Jesús vivió apasionado por la causa del Reino. El mismo era para nosotros el Reino. Pero de esto te hablaré más tarde. Déjame terminar con mi relato, que siempre tengo la tentación de saltar a otra cosa. Como ya te he dicho, aquella tarde, me sentí descolocado, fuera de juego. Jesús parecía pedir demasiado. ¿Estaba dispuesto a tanta renuncia? Lo cierto es que sus palabras debieron causarme una impresión muy fuerte porque, como me sucedía a menudo, tardé en coger el sueño y no dejaba de pensar en cómo no había tenido agallas de decirle que estaba dispuesto. ¿Dejarlo todo! ¿Hacia dónde quería llevarnos Jesús? ¿Qué quería de mí? Entonces me hacía muchas preguntas que no encontraban fácilmente respuestas... Con una cabeza tan dura como la mía, tardé mucho en comprender las exigencias de seguir a Jesús. Y lo que es más difícil aún... aceptarlas.

A muchos de los que se unían al grupo, le pasaba algo parecido. Creo que fue al día siguiente de lo de nuestra conversación cuando un letrado se acercó dispuesto a todo y dijo a Jesús:

—Maestro, te seguiré a donde quiera que vayas...

Jesús fue radical en su respuesta:

—Las zorras tienen madrigueras, los pájaros nidos, pero este Hombre no tiene donde recostar la cabeza...

Se hizo silencio... y dio media vuelta. Los que estábamos alrededor no nos atrevíamos a decir nada. Pero Jesús, como no dando importancia a lo sucedido, nos pidió que subiéramos a la barca para pasar a la otra orilla del lago.

La palabra de Jesús era exigente. Nos pedía autenticidad, transparencia, generosidad, confianza... Nos hizo entender que era importante tener las manos liberadas de tantas cosas, el corazón despegado de todo aquello que no nos dejaba ser personas, la mirada apasionada por la gente que sufre y una palabra cálida y solidaria siempre a punto... Seguir a Jesús supuso encontrarnos a nosotros mismos, renunciar a todo lo que nos impedía vivir como él, sentirnos -en medio de nuestra debilidad- sostenidos por el amor de Dios a quien Jesús llamaba siempre Padre.



Siempre me pregunté en aquellas primeras semanas con el grupo de Jesús, cómo es que Pedro, Santiago y los demás, aquellos tozudos pescadores a la orilla del lago no dudaron en apostar por un destino diferente y dejar atrás tanta maraña y tantas redes remendadas para nadar contracorriente esperanzados en la propuesta de aquel rabino.

Jesús, al inicio, compartió muchos momentos con ellos faenando cada noche en Tiberíades. También él remendó redes y arrastró el copo; también él abrigó su alma al calor de unas brasas y un pescado en el fuego de una amistad sincera que precedía cada amanecer. Ganó su corazón y les propuso: Vamos, hay un mundo mejor en la otra orilla, venid conmigo... seremos pescadores de hombres.

Sus palabras resonaron con fuerza en el corazón rutinariamente acostumbrado de aquellos hombres. Tenían un punto de novedad en medio de tanta mediocridad y tanta resignación. Era la fuerza arrolladora del Reino reflejado en las pupilas de Jesús. Sus palabras no eran como las de los otros, su mensaje tenía fuerza, su invitación era cálida y arriesgada a un tiempo, su propuesta era creíble, su vida tenía una carga de coherencia que arrastraba. Era la palabra del amigo y Jesús puso fuego en el corazón de aquellos hombres.

Para todos nosotros, estar con Jesús supuso descubrir un horizonte más amplio en nuestra vida. No nos dejaba tranquilos y a menudo nos interpelaba fuertemente. Si queríamos ser sus discípulos, nos decía, habríamos de pasar por estrechos desfiladeros. Entendimos qué significa "misericordia quiero... y no sacrificios". Caímos en la cuenta de que las personas están por encima de la ley, que es importante ser luz que alumbre y un poco de sal que dé sabor, que no se puede servir a dos señores (a Dios y al dinero), que es necesario vivir desprendidos para poder compartir lo que somos y tenemos con los que necesitan más que nosotros...

Una tarde, nos envió por delante, en grupos, para anunciar a todos que el Reino estaba cerca e invitar a cambiar de vida. Fue una prueba de fuego. Sus instrucciones fueron muy claras, pero exigentes y duras:

*—Id pronto. Pero mirad que os envío como corderos en medio de lobos. Y no llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias... y allí donde entréis, decid ¡Paz a esta casa! Comed de lo que os pongan, curad a los enfermos que haya en elle y decidles: ¡El Reino de Dios está cerca!*

Algunos no lo soportaron y en varios momentos estalló la crisis. Aquel día fue duro... Muchos – también de los más cercanos – decidieron abandonar.

*—¿También vosotros queréis marcharos?, nos preguntó.*

Se hizo un silencio de esos que nadie se atreve a romper... Pedro alcanzó a responder:

*—Señor, ¿a quién iremos? ¡Si sólo tú tienes palabras de vida!*

¡Palabras de vida! Jesús nos enviaba en su nombre, para ser su palabra en medio de las gentes. Ligeros de equipaje, nos pusimos en marcha. ¡En el nombre de Jesús! Para ser una buena noticia de paz y liberación para aquellos que encontrásemos por los caminos y las veredas.

*—¿También yo, Señor?*

*—También tú, Silas, también tú.*

Desde aquel día nos sentimos más unidos, más fuertes, más seguros. Pero todavía quedaba un difícil desfiladero por atravesar. Jesús nos fue enseñando, poco a poco, que el grano debe romperse para dar fruto ¡Qué duro fue aceptarlo!

Seguir a Jesús era pisar en sus mismas pisadas... dejar jirones de nuestra vida en las personas, en las situaciones difíciles, sanando y alentando, vendando heridas y avivando la esperanza de muchos... Y cuando miramos

al horizonte, descubrimos dónde terminan aquellas huellas: en el monte, en la cruz, con la vida entregada sin condiciones, en un abrazo desgarrado por el dolor, pero sostenido por la esperanza del amor-que-es-más-fuerte-que-la-muerte.

En aquellos días, algo había cambiado en mí. Definitivamente, me quedé con Jesús.

## Transformar el corazón

Espero, querido Jonás, que mis recuerdos toquen tu corazón. Te escribo todo esto como al amigo en quien poder descansar cuando reverdece el alma al recordar tan vivamente cuanto sucedió de importante en la propia historia. Aquellos acontecimientos vividos junto al nazareno no me han dejado indiferente. Algo ha cambiado sustancialmente en mí en el encuentro con él. Su vida y su muerte, sus palabras y sus signos, su mirada y sus manos sanadoras han hecho mella en mi interior y ya nada es igual que antes. Jesús ha removido mis entrañas y me ha transformado el corazón.

El corazón, sí. Todo cuanto soy. Mi visión miope sobre la realidad, mi torpe manera de tratar a los demás, mis enfados y mis cabezonerías, el egoísmo de pensar sólo en mí, la autosuficiencia de crearme el mejor, el orgullo de quedar siempre por encima de quien me afrenta, la incapacidad para perdonar sin límite, la imposibilidad de dar sin pedir nada a cambio... Todo ha cambiado. Y no es ahora sea mucho mejor que antes, no; pero me esfuerzo en hacer mío su proyecto y... ¿sabes? Descubro espacios insospechados de libertad en mi interior, horizontes nuevos que rompen los estrechos márgenes en los que he vivido y le dan una tonalidad diferente a cada jornada. No sé explicarlo bien, pero es como si hubiese nacido de nuevo y tuviese la oportunidad de coger las riendas de mi vida y hacer de ella una historia diferente cada día.

Te preguntarás qué ha sucedido. Es difícil precisar en qué momento he descubierto todo esto; qué lo ha motivado concretamente; pero muchos momentos significativos me vienen a la cabeza y siento un escalofrío al recordar con tanta viveza todo lo que sucedió. Como lo de aquel día, después salir de Cafarnaúm, cuando Jesús tomó la palabra en aquel montículo y todos nos sentamos pendientes de sus labios. Era al atardecer. Lo recuerdo bien porque el sol estaba declinando y el cielo se vistió con tonos anaranjados. Soplaban una ligera brisa y me invadió una intensa sensación de paz. Jesús comenzó a hablar y dijo:

*—Felices los que son pobres y sólo esperan en Dios, porque de ellos es el reino; felices los que viven con corazón limpio, porque están cerca del corazón de Dios; felices los que son misericordiosos, porque son expresión de las entrañas de Dios; felices los que se esfuerzan por la paz, porque esos son los hijos de Dios; felices los que luchan por la justicia, porque están amando el futuro de Dios...*

Yo lo escuchaba sin pestañear y sentía que me daba un vuelco el corazón. Lo que Jesús estaba diciendo era lo más subversivo que jamás había escuchado. Aquí estaba la verdadera revolución, la auténtica liberación, en darle un vuelco a nuestra manera de vivir, en volver del revés nuestros esquemas, en remover nuestra mente y escuchar más el latido de nuestro corazón. Entonces comprendí que algo nuevo estaba naciendo y que era imparabable porque prendía con fuerza en la vida de muchos hombres y mujeres que anhelaban en sus machacadas historias palabras de vida. Continuó Jesús:

*—Felices vosotros, si os persiguen y os injurian y os hacen daño por mi causa; no os faltará la fuerza de Dios sosteniéndooos en la dificultad... estad alegres porque así trataron a todos los profetas.*

¡Como adquieren fuerza sus palabras después de lo ocurrido! Puede que no alcanzara entonces a ver todo lo que había detrás de su anuncio de persecuciones e injurias. Pero todo se ha hecho dramáticamente más claro cuando la realidad de su propia muerte nos ha hecho experimentar a todos la fuerza de Dios en la dificultad.

Jesús nos enseñó que el reino se abre paso sin estridencias, pero nos pide una gran transformación: la del propio corazón según el corazón de Dios. He aquí la verdadera revolución. Es el momento del desapego de los bienes porque nadie puede, nos dijo, servir a Dios y al dinero; y es urgente compartir cuanto se tiene aunque no sea más que unos pocos panes y unos pocos peces para que todos puedan comer y saciarse.

Más allá de la ley, nos enseñó, está el amor y en la nueva manera de vivir no hay lugar para el rencor ni el odio. ¡Cómo sonaron sus palabras en los oídos de todos nosotros y de nuestros sacerdotes! Acostumbrados como estamos a cumplir cada precepto de la ley de Yahveh ¡Bendito sea el Altísimo!, Jesús nos hizo descubrir que las personas están por encima de cualquier precepto y que la ley nunca puede ser un pesado fardo que nos robe la libertad. ¡Se metió en la boca del lobo señalando con el dedo y desenmascarando la hipocresía de quien oculta sus miserias bajo los largos mantos impolutos!

*—Vosotros, no seáis como los hipócritas que tocan la trompeta en la calle para ser vistos por los hombres y admirados por sus virtudes. Bajo sus mantos ocultan sus miserias y son como sepulcros blanqueados cuando exigen a los demás lo que ellos nunca cumplen ¡Y se creen justos!*

Todos sabíamos por quien lo decía. Algunos, del partido de los fariseos, bajaron la cabeza y se marcharon murmurando. No tuvieron las agallas necesarias como para entrar

en discusión, pero desde entonces se la juraron. Y la cosa fue a más, como ya te referiré más adelante.

En otro momento, uno le preguntó:

*—Maestro, ¿Hasta cuándo tengo que perdonar a mi hermano? ¿Hasta siete veces?*

*—¿Siete veces? No, no te canses nunca de hacer el bien... perdona siempre, siempre... hasta setenta veces siete.*

*—¿Y a aquellos que me hacen mal?*

*—Si perdonas solo a los que te aman ¿qué mérito tendrás? Perdona también a los que te hacen mal. Que tu corazón sea como el de tu Padre Dios, que hace salir el sol sobre bueno y malos y hace caer la lluvia sobre todos, justos e injustos.*

Y no creas que nos dejaba la conciencia tranquila. Tan acostumbrados estábamos a nuestros ritos purificadores que nos parecía que todo quedaba oculto bajo el manto cada sábado en la sinagoga y justificado en el perfume agradable de nuestra ofrenda. Pero Jesús despertó nuestras conciencias adormecidas:

*—Si cuando vas a presentar tu ofrenda te das cuenta de que tienes algo contra tu hermano, ve, deja la ofrenda junto al altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano. Después vuelve al altar a presentar tu ofrenda con el corazón reconciliado y en paz.*

No alcanzábamos a comprender. Parecía demasiado. Saltaba por los aires nuestro tranquilizador modo de vivir. Como cuando alguien le objetó que la Torah nos mandaba odiar a nuestro enemigo y esto parecía lo más justo. Jesús no dudó en romper una vez más nuestros esquemas legalistas y estrechos:

*—Habéis oído que se dijo: "ojo por ojo y diente por diente", pues yo os digo que no resistáis al mal; al que te abofetee en la mejilla derecha preséntale también la otra; al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, déjale*

también el manto; y al que te obligue a andar una milla, vete con él dos. A quien te pida dale, al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda. Habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre del cielo.

¿Lo has entendido, Jonás? Jesús hacía añicos el ojo por ojo de nuestra ley. Era una nueva manera de entender la relación entre las personas, más allá del rencor, más allá del orgullo y la memoria airada de la afrenta, nos propuso perdonar sin límites, con corazón bondadoso, con mirada benevolente, sin llevar cuentas del mal, olvidando y recomenzando con esperanza la reconstrucción de la fraternidad.

¿Utopía? ¿Locura? Más bien realidad refrenada con la propia vida por aquel que perdonó hasta el final a aquellos que le quitaron la vida. Propuesta para todos los que hemos entendido que su vida – y su muerte – no han sido en vano.

Querido Jonás, la propuesta de Jesús nos pedía una auténtica ruptura. Más allá de las apariencias y la búsqueda de notoriedad para ser vistos por los hombres, está la grandeza de un corazón auténtico. Por encima de las ansias de poder de los grandes que dominan como señores absolutos es necesario descubrir el poderío del servicio. Mucho más fuerte que la espada del juicio que descubre la brizna que hay en el ojo del hermano es la mirada indulgente que ha descubierto primero la viga en el ojo propio.

Parece una locura. No todos estaban dispuestos a aceptar aquel camino y algunos se le echaron encima:

—Entonces, Maestro ¿Quién puede entrar en el reino de Dios?

Respondió Jesús:

—Es verdad que es estrecha la puerta y angosto el camino que lleva a la salvación. Muchos son los llamados y pocos los escogidos que recorren el sendero de la vida; Esforzaos en entrar por la puerta estrecha!

Está claro que no basta decir “Señor, Señor” y que continuemos viviendo como antes. La urgencia del reino reclama deshacer caminos equivocados y encontrar veredas nuevas. Se trata de transformar el corazón. Creo que lo he entendido, Jonás. Aunque esté lejos del camino que lleve a la vida. Pero algo en mí ha cambiado, nada de lo vivido y compartido ha sido indiferente. ¡La urgencia del Reino! Esta era la pasión de Jesús, todo lo que intentó que comprendiéramos dándole un vuelco a nuestro vivir.

## El perdón

Probablemente, una de las enseñanzas de Jesús que más hicieron mella en mí fue la del perdón. Después de un tiempo junto a él, empezaba a entender la propuesta – para muchos desconcertante – del profeta galileo. Me gustaba estar pendiente de sus labios, sin perderme palabra, atento a cada gesto del Maestro. La primera vez que escuché decirle a un tullido: “*Tus pecados están perdonados*”, me sonó a blasfemia y no pude evitar pensar que había ido demasiado lejos. Fue, si la memoria no me falla, una mañana en Betsaida después de haber descansado en casa de unos parientes de Felipe:

—Jesús Nazareno, te compasión de mí, exclamo aquel hombre lleno de andrajos sentado bajo la higuera.

Jesús volvió la cabeza y pareció sorprenderse. Se paró y durante unos segundos nos preguntamos qué iba a suceder. El Maestro se acercó hasta allí y se sentó junto a aquel hombre. Todos nos acercamos también expectantes.

—*Jesús Nazareno, ten compasión de mí, volvió a repetir.*

—*¿Qué quieres que haga por ti?, preguntó Jesús.*

—*¡Qué pueda andar, Señor!*

—*¿Crees que puedo hacerlo?*

—*El nombre de Yahveh, ¡Bendito sea el Altísimo! todo lo puede, exclamó elevando sus brazos al cielo.*

—*En nombre del Dios de la paz, yo te digo: tus pecados están perdonados... ¡levántate y vete en paz!*

Y ante el asombro de todos aquel hombre, vacilante, se levantó y se puso a dar grandes gritos bendiciendo el nombre de Yahveh. Nos miramos atónitos, Jonás, como no dando crédito a lo que estábamos viendo. ¡Dios nos visitaba! ¡Dios estaba siendo grande con su pueblo! Y yo, pobre de mí, no fui capaz de entenderlo. Me ofusqué pensando quién era aquel para perdonar pecados ¿Perdonar pecados?, Pensé. Perdonar pecados sólo puede hacerlo Dios. ¡Este Jesús es un blasfemo! ¡Qué equivocado estaba, Jonás! Tan seguro de mis tradiciones y de mis creencias, estaba cerrado al don de Dios, a la novedad que Jesús nos traía, a la llegada del Reino de liberación tantas veces prometido y que tanto anhelábamos. ¡Soy yo quien necesita del perdón y la misericordia de Dios por tanta ceguera y tanta obstinación!

¡Perdonar los pecados! ¡Cómo me costó entenderlo! Discutíamos entre nosotros y estábamos divididos. Había quien pensaba como yo y tachaba a Jesús de blasfemo; había entre los discípulos quien, fuera de sí, alababa a Dios al actuar por el dedo de Jesús; no faltaba quien se mostraba escéptico y pensaba que era mejor no darle importancia a estas cosas, las cosas de Jesús, porque al final se volverían contra nosotros y no ayudaban en nada a la revolución que se estaba preparan-

do. ¡Qué torpes fuimos! Ni siquiera acabé de entender su escandalosa historia con aquella pecadora.

Creo que te hablé de ella la última vez que nos vimos. Se trata de María de Magdala, la prostituta, a quien Jesús le cambió la vida. La primera vez que los vi juntos fue la mañana misma en que se conocieron. Era al amanecer cuando un griterío me despertó. Perezoso, salí enseguida a la calle junto a Felipe y Andrés que estaban conmigo todavía. Los primeros rayos de sol ponían colores a la realidad ante la mirada aletargada de algunos de nosotros. Había un buen grupo de gente en la plaza a pesar de ser tan temprano.... Entre la gente me pareció ver también a Pedro, Santiago, Simón y algunos otros del grupo.

—*¿Qué pasa? Pregunté.*

—*Acaban de arrastrar hasta la calle a una mujer... ha sido sorprendida con varios hombres...*

La ley, recordé enseguida, manda apedrear a las adúlteras... Entre gritos e insultos, Jesús se abrió paso entre la gente...

—*Hombre, si está aquí, el profeta galileo... Maestro ¿qué te parece? Esta mujer ha sido sorprendida en adulterio... la ley nos manda apedrearla...*

Jesús quedó un momento en silencio...

—*¿Y bien? ¿Qué tenemos que hacer?*

—*Quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra...*

Un murmullo se extendió como un reguero de pólvora entre la gente... Y poco a poco, de forma sorprendente, se fueron yendo unos y otros... al fin quedaron solos Jesús, la mujer y unos cuantos del grupo.

Jesús, la miró con ternura...

—*Mujer, ¿nadie te ha condenado?*

—Nadie, Señor.

—*Tampoco yo te condeno.... vete y en adelante no peques más.*

Creo que aquel día, aquella mujer recobró su dignidad. Bastó una mirada cálida, una palabra bondadosa, el gesto liberador de quien aquella mañana la miró con ojos transparente, los ojos de Dios.

Te confieso que me quedé atónito y sin poder articular palabra. Todos comentaban y hablaban sin parar a mi alrededor y yo no lograba mover ni siquiera los labios. ¿Qué era todo aquello, me preguntaba? Sus sorprendentes palabras habían desconcertado a todos sus acusadores que se marcharon avergonzados sin atreverse a responderle ¡Tenían fuerza sus palabras! Pero más sorprendente aún fue su encuentro con la mujer. Nos quedamos sólo unos cuantos a su alrededor y pude ver con claridad cuanto sucedió. Jesús no condenó a aquella prostituta. Su mirada se cruzó con la de la pecadora y no fue un reproche. Ni un gesto de reprobación o de rechazo. Sólo una mirada de ternura sosteniendo las lágrimas de una mujer asustada y perdida. María de Magdala encontró un océano inmenso en su encuentro con el Maestro y estoy seguro que ya nada fue igual para ella. María se quedó con nosotros y hay quien dice que Jesús expulsó de ella siete demonios. Yo no sé si será cierto. Pero de lo que estoy seguro es de que María encontró en Jesús la salvación.

Muchas veces me he preguntado cómo Jesús fue capaz de romper en pedazos una ley, la del Talión, tan arraigada en nuestro pueblo y nuestras tradiciones. Resultaba escandalosa su manera de obrar. Perdonar los pecados, sólo puede perdonar Dios. Pero que además nos quisiera hacer entender que nuestro corazón tendría que parecerse al de Dios me pareció, desde todos los puntos de vista, una locura. Después del episodio de la adúl-

tera, mientras comíamos y cogíamos fuerzas para el día, nos dijo:

—*Habéis escuchado que se ha dicho siempre: "ojo por ojo y diente por diente"... sin embargo, yo os pido que seáis capaces de perdonar siempre y que tratéis de caminar por la vida con un corazón bondadoso que no juzga ni condena.*

—*¿También a los que nos hacen mal?*, preguntó Felipe.

—*También, Felipe*, continuó Jesús. *Que vuestro corazón sea como el de Dios, misericordioso y rico en piedad. No condenéis y no seréis condenados; no juzguéis y no seréis juzgados.*

—*Maestro*, le interrumpió Andrés, *¿Hasta cuándo tenemos que perdonar? ¿Hasta siete veces?*

—*Hasta setenta veces siete. Perdonar siempre, disculpar siempre, comprender siempre, amar siempre... ¿No es así el corazón de Dios que hace salir el sol sobre buenos y malos, sobre justos e injustos?*

De nuevo me descolocaba su respuesta. Es verdad que yo no pertenecía al grupo de sus más íntimos, pero hubiera dado lo que sea por poder preguntarle aquella mañana. No me atreví. ¿Sabes que le hubiera preguntado, Jonás? Le hubiera pedido que me hablara de Dios, de quién era realmente, que me dijera qué quería de mí... que también yo estaba necesitado de perdón. Pero perdí la oportunidad de dirigirme a él por mi torpeza. Aunque, ¿sabes? Un par de días más tarde Jesús me volvía a sorprender dirigiéndose a mí como si me hubiera leído el pensamiento. Pero eso te lo contaré más adelante. Ya sabes que me tengo que ordenar mejor mis pensamientos porque tiende a salir todo como a borbotores. Todavía hay algo más que quiero contarte de aquel día.

Necesitado de perdón. Lo he escrito de pasada y he pasado de puntillas, pero no puedes imaginarte lo importante que se hizo para mí

en aquel día. Jesús me enseñó a descubrir el don de Dios. El don del amor misericordioso, del amor que no juzga ni condena, del amor que se expresa en el abrazo y la ternura del Maestro. Él me enseñó el auténtico rostro del perdón. Le había escuchado hablar muchas veces de la conversión como exigencia del Reino que llega, pero quizás nunca había pensado que también yo estaba necesitado de conversión, que también yo anhelaba el perdón de Dios y el inicio de una vida nueva. De nuevo fue Jesús quien tomó la iniciativa. Caminábamos todo el grupo, no recuerdo muy bien hacia dónde, y en unos instantes nos quedamos sólo en un tramo de la vereda.

—Y bien Silas, ¿Cómo es que estás tan reflexivo?, comenzó Jesús.

—Maestro, me ha dejado desconcertado lo de esa mujer... Dios es justo y no puede tolerar la injusticia de una pecadora. Creo..., creo que has ido un poco lejos poniéndote de su parte.

—¿Ir lejos? No, Silas, no. El amor de Dios es mucho más grande que nuestras miserias.

—Sí pero..., intenté argumentar de nuevo, pero Jesús me interrumpió.

—Espera un momento, Silas, dime una cosa...Y tú ¿Estás libre de pecado?

La pregunta de Jesús, te lo aseguro, me dejó helado. Me sentí muy embarazado y sin saber qué responder. Jesús debió notarlo porque no me dejó seguir y continuó él tras unos momentos.

—Mira, Silas, Dios no juzga como los hombres. Dios sólo quiere que las personas encuentren el camino de la vida, el camino del encuentro con él. Aquella mujer, como quizás te ha ocurrido a ti también, se había equivocado y no necesitaba nuestro reproche; tampoco el de Dios. Necesitaba su perdón y nuestra acogida. Estoy seguro de que María ha descubierto la urgencia de darle un vuelco a su vida y de encontrar nuevos senderos por los que caminar. Dios la tomará de su

mano, ya verás. Quizás, también tú, necesitas de ese mismo perdón, ¿no te parece? ¡Búscalos!

Baje la cabeza sin saber qué responder. Jesús puso su mano sobre mi y alborotó desenfadadamente mis cabellos. Después se adelantó unos pasos para conversar con otro del grupo. Me hicieron pensar sus palabras y el gesto cariñoso del Maestro. Hubiera deseado arrojarme a sus pies implorando perdón, pero todavía era demasiado orgulloso para mostrarme débil. Jesús debió comprenderlo. Sabía esperar el tiempo de cada uno. Y yo atravesaba entonces un arduo desfiladero.

## El reino

Sí, amigo Jonás. El Reino de Dios ha llegado hasta nosotros. ¿Recuerdas que te hablé del Bautista cuando envié a dos de sus discípulos a interrogar a Jesús estando él en la cárcel? Su respuesta fue contundente: mira a tu alrededor... Y nosotros vimos y palpamos cuanto Dios estaba haciendo entre nosotros en su siervo Jesús. Es lo que me dispongo a narrarte.

Aquel hombre enfermo, como tantos otros, se acercó hasta Jesús con la esperanza de que Yahveh oyese su plegaria y se apiadase de su desesperación. A mí me pareció que su súplica era el grito de los pobres, de los que habían dejado todo en el camino porque la historia y los hombres se lo habían arrebatado, de los que no tenían más asidero que la misericordia divina y no les quedaba más que esperar un favor del Dios de Israel.

—Jesús, si quieres... puedes limpiarme

—¡Quiero, queda limpio!

Nos asombraron sus palabras, pero nos quedamos atónitos cuando a aquel hombre se le cerraron sus heridas y se levantó dando gritos alabando a Yahveh que había tenido misericordia de él. No podrás creerlo Jonás, pero te aseguro que aquello se repitió muchas veces

ante nuestros ojos. Jesús tocaba los ciegos y recobraban la vista, levantaba con sus manos a los inválidos y se sostenían en pie, acariciaba a los pecadores y encontraban la paz y el perdón de sus pecados...

¡Las manos de Jesús! Las manos de Jesús eran entrañables y cercanas; manos solidarias, manos abiertas... eran la expresión – ahora estoy seguro– de la liberación de Dios que nos hace entender a través de su Hijo que está de parte de los pequeños y los pobres, de parte de los más débiles, de parte de todos los que están en límite...

Como aquella mujer que padecía hemorragias desde hacía tanto tiempo. Íbamos de vuelta, tras una jornada de camino, a casa de algunos del grupo que nos acogían aquellos días. Cerca de Cafarnaún todos apretujaban a Jesús y querían tocarle. Nos abrimos paso a duras penas entre el gentío. De pronto, sin darnos cuenta se acercó a Jesús por detrás una mujer y tocó el borde del manto del Maestro.

Jesús se paró de pronto y exclamó:

—¿Quién me ha tocado?

Exclamó Simón, el mellizo, casi bromeando:

—¿Quién te ha tocado, Señor? ¡Todo el mundo te toca!

Insistió Jesús:

—No, alguien me ha tocado porque he sentido una fuerza salir de mí.

Y en el colmo del asombro, una pobre mujer anciana y llorosa se acercó hasta Jesús y se echó a sus pies contando entre sollozos cómo había tocado su manto porque suplicaba a Dios ser curada de su enfermedad que durante tanto tiempo la tenía postrada. Estaba toda temblorosa y los sollozos casi no le dejaban hablar. Envejecida y encorvada, el rostro de aquella anciana expresaba todo el sufrimiento hilvanado en la rueda de la des-

esperación durante tanto tiempo. Quizás sólo llevaba en el corazón la esperanza en un gesto misericordioso de su Dios. No fue un gesto mágico, no. Fue, seguro, la necesidad de sentirse salvada y la confianza de que aquel rabino era fuerza de Dios.

Y ahora... ¡Se sentía curada! Curada, Jonás ¡por la fuerza de Dios! Ninguno nos atrevíamos a hablar de milagro, pero ¿qué otra cosa podía ser? Jesús obraba signos liberando a las personas y devolviéndoles la dignidad de ser hijos de Dios ¡Yahveh visitaba de nuevo a su pueblo!

Pero Jesús continuó:

—*No había visto tanta fe en toda Galilea... Dios te mira con ternura en este día, te ha salvado tu fe. Levanta, vuelve a casa porque Dios ha extendido su brazo sobre ti y te ha devuelto la vida.*

La mujer besó los pies de Jesús y sin cesar de dar gracias a Dios se marchó muy contenta. Yo no salía de mi asombro ¡Jamás había visto nada parecido! ¿Era posible todo aquello? ¿Qué quería decir lo que estaba ocurriendo? La fe, Jonás, le fe. La confianza en el Dios de la vida que en Jesús nos mostraba su rostro. El encuentro con el Maestro que sanaba heridas, enderezaba a los que habían caído y devolvía la esperanza a todos los que la habían perdido en las veredas de la vida.

Y esto se repitió muchas otras veces. ¿Conoces a Jairo, el hijo de Joel, el jefe de la sinagoga de Cafarnaún? Un buen hombre, Seguro que lo recuerdas. Vino a nuestro encuentro aquel día. Habíamos llegado a la entrada del pueblo hacia mediodía, cansados y sudorosos, después de una larga caminata. Hicimos un alto para refrescarnos y descansar mientras algunos del grupo se adelantaron para buscar algo de comer. Sentados en el brocal del pozo, vimos a los lejos a dos hombres que se acercaban a toda prisa y al llegar

hasta nosotros vimos su rostros preocupados y sus miradas doloridas. Uno de ellos era Jairo. Tenía los ojos arrasados por la lágrimas. Con un nudo en la garganta alcanzó a decir:

—*Maestro, mi hija está muy enferma... si puedes, te ruego que hagas algo por ella.*

Jesús tomó sus manos, lo levantó del suelo y abrazándolo le dijo:

—*Vamos a tu casa.*

No estaba lejos. Habíamos andado sólo unos metros cuando un hombre se acercó para decir a Jairo:

—*No hace falta que molestes ya al Maestro, la pequeña acaba de morir.*

Jairo bajó la mirada y no alcanzó a articular ni una sola palabra. Se hizo un silencio expectante y nadie se atrevía a decir nada. Unos segundos de tensión tan solo roto por el sollozo de algunos...

—*Jairo, dijo Jesús, vamos a tu casa. Tu hija no ha muerto, sólo está dormida. Vamos, no esperemos más.*

El rumor se hizo más intenso y algunos comenzaron a gritar, burlándose de Jesús. No era para menos, aquello no parecía que fuese a acabar bien.

Llegamos a su casa. Todos gritaban y lloraban. Jesús entró con Jairo y le acompañaron Pedro, Santiago y Juan. No sé muy bien lo que sucedió después, lo cierto es que la hija de Jairo despertó de su letargo y parecía curada. Muchos no daban crédito a lo que estaban viendo, pero yo no dejaba de pensar, con los ojos encendidos, en que las manos de aquel nazareno tenían algo de Dios, que su mirada penetraba el corazón, que su palabra era veraz y que aquellos signos eran el anuncio de que algo nuevo estaba sucediendo entre nosotros ¿Será verdad que Dios ha visitado a su pueblo?

Sucedió algo parecido con aquellos dos ciegos a la vera del camino que gritaban con fuerza, "¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!" y a los que Jesús devolvió la vista; o con Zaqueo, jefe de publicanos y muy rico el día que nos invitó a comer en su casa. Jesús lo dejó en evidencia por su mala vida, pero aquel encuentro supuso un vuelco en su vida. Para todos ellos, para mí y para muchos más, el encuentro con Jesús fue una experiencia liberadora, una experiencia de salvación que nos hizo palpar el amor de Dios que no se olvida de su pueblo y devuelve la vida a manos llenas a los que la historia y los hombres se las negaron.

Jairo descubrió mucho más que un gesto mágico en el signo del Maestro. En la sonrisa de su hija pudo leer la propia sonrisa de Dios que en Jesús se ha puesto definitivamente de parte de las más pequeños. Como él, el ciego del camino, aquellos pescadores de Genesaret, María de Magdala—te contaré más adelante su historia— y tantos otros descubrieron el rostro de Dios surcado por las cicatrices de los vencidos de la historia, sus manos solidarias sosteniendo a los caídos y su voz desgarrada alentando a todos los que los poderosos les robaron el pan y la sal.

Te confieso que, de nuevo, aquella noche no pude dormir. Daba vueltas y más vueltas y no encontraba el sueño. Una y otra vez venía a mi mente todo lo que había visto y oído aquel día. ¿Serás tú el que tenía que venir? Me preguntaba. Resonaban con fuerza en mi cabeza las profecías de nuestro pueblo que durante siglos habían alentado la esperanza de Israel y habían mantenido encendida la llama del cumplimiento de la promesa: Dios haría realidad, de una vez por todas, una tierra buena donde habite la justicia y los hombres puedan ser felices.

¿Qué eran aquellos signos? ¿Qué significaba aquella palabra que tocaba las entrañas? ¿Qué tenían de especial aquellas manos? No

eran gestos mágicos, ni Jesús era un embaucador o un impostor, no... Había algo diferente en todo lo que sentí aquel día. Jesús era diferente a otros profetas, diferente a otros rabinos, diferente a otros santones y tantos falsos mesías como pululaban aquí y allá.

La mirada de aquella mujer, la mirada de Jairo, el corazón de cuantos escuchamos su palabra hablaban de novedad, la novedad de Dios que abraza con entrañas de misericordia, la novedad de un mensaje auténticamente liberador, la novedad de un gesto entrañablemente solidario que levanta, sana y da vida; la novedad de un encuentro que transforma y hace mirar la realidad con ojos más limpios. ¿Serán los signos del Reino?

Era casi el alba cuando por fin me dormí. Un último pensamiento quedó en mi conciencia segundos antes de sumergirme en el sueño: *Dios está de nuestra parte*. Y me invadió una gran paz.

Ahora, después de todo lo que ha sucedido, puedo comprender mejor la respuesta de Jesús a los discípulos de Juan:

*—Mira a tu alrededor... los ciegos ven, los cojos andan y a los más pobres se les ha anunciado la buena noticia de Dios.*

Jesús es el signo. Encontrarse con él es descubrir la vida. El Reino ya está entre nosotros y Dios ha tomado la palabra en la historia de los hombres abriendo el mar, como una vez en nuestra historia, para que pasemos a la otra orilla entre las aguas caudalosas. Es la orilla de la promesa, la orilla de la justicia, en una "tierra que mana leche y miel" en la que un horizonte de plenitud se abre ante nosotros.

## El padre

Querido Jonás, gracias por escucharme. Trato de compartir tantas vivencias y experiencias como he tenido junto al Maestro y que permanecen en mí con una lucidez extrema. Parece como si el tiempo no hiciera más que reavivar recuerdos Supongo que tú, como yo, tantas veces te habrás preguntado ¿Cómo es Dios?



Jesús nos habló muchas veces de Dios. Nos asombró en tantas ocasiones su intimidad con él. Muchas veces se retiraba solo y pasaba largas horas rezando. Como aquel día en el que, al terminar, Andrés le pidió:

—*Maestro, enséñanos a orar como tú.*

Jesús contestó enseguida:

—*Cuando oréis, no seáis como los fariseos y los que usan muchas palabras creyendo que así serán escuchados. Al rezad, decid: Padre nuestro del cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino; danos cada día el pan que necesitamos; perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos ofende; y no nos dejes caer en la tentación.*

¿Te das cuenta Jonás? ¡Jesús llamaba a Dios Padre! Nunca nadie nos había hablado así. Ningún maestro en Israel se atrevería jamás a dirigirse a Yahveh de esta manera. Después de todo lo ocurrido y con la perspectiva del tiempo, he llegado a la conclusión de que sólo la intimidad de un hijo que ha experimentado la ternura de su padre puede expresarse en ese deseo de una existencia invadida por el reino. Es al Padre a quien nos dirigimos cuando rezamos; a él invocamos pidiendo el pan de cada día y rogando ser merecedores del perdón cuando también nosotros actuamos con un corazón como el suyo; es al Padre a quien insistentemente pedimos que nos sostenga y no nos deje precipitarnos al abismo.

Sí, Jonás, un Padre; así llamaba Jesús a Dios. Y cuando lo hacía, expresaba cariño y cercanía como lo hace un hijo que está pendiente de los labios de su padre a quien quiere con locura. Un hijo que ha escuchado el latido del corazón de su padre, que se ha sentido mecido en su regazo, que ha experimentado su mano fuerte sosteniendo la suya y ha visto ahuyentado todo temor porque se siente sostenido y amado por quien sólo tiene entrañas de misericordia y ternura en su mirada.

Pero Jesús debió darse cuenta de que no acabábamos de comprender bien. Quería enseñarnos algo que resultaba difícil de aceptar para quienes nos habían enseñado desde pequeños que ni siquiera podíamos pronunciar el nombre de Dios sin mancharlo. Quizás fue por eso, por nuestra cerrazón, por lo que nos narró en varios momentos las parábolas más bellas de cuantas pronunció para contar-nos cómo era Dios. Sí, Dios era como aquel padre que tenía dos hijos y el más pequeño le pidió la parte de la herencia que le correspondía. Aquel hijo inmaduro y alocado gastó toda su fortuna viviendo irresponsablemente. Cuando hubo gastado todo, sobrevino una gran hambre en el país y se vio sin nada y abandonado de todos. Pasó mucha necesidad y a duras penas logró sobrevivir. Pero entonces recapacitó y decidió volver a casa de su padre. Jesús, se paró un momento y como queriendo llamar nuestra atención sobre lo esencial del relato, dijo:

—*Lo importante de la historia viene ahora...*

Y continuó:

—*Cuando aún estaba lejos, el padre lo vio y profundamente conmovido salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo cubrió de besos. Y dijo a los criados que trajeran el mejor vestido; y un anillo y sandalias para sus pies descalzos y malheridos. Y les dijo también que mataran el ternero cebado porque había que festejar su retorno. "Mi hijo - dijo aquel padre -, está vivo y lo he encontrado después de tanto tiempo". E hicieron una fiesta por todo lo alto.*

Y aquel padre no pidió explicaciones a su hijo; no le pidió cuentas ni le hizo reproches que hirieran más su alma. Aquel padre abrazó a su hijo sin condiciones y acogió su perdón sin dejar ni siquiera que terminara de hacerlo. Así es Dios, nos dijo Jesús. Un padre que abraza y perdona sin condiciones, que hace fiesta por el amor de su hijo, que se alegra al encontrar a quien se había perdido; un padre

que nos regala el anillo de su amistad y nos pone sandalias nuevas para seguir el camino.

¡Cuántas veces nos habló de la ternura de Dios! Yo, en mi testarudez no daba crédito a lo que escuchaba. Me parecían historias hermosas que ponían calor en el corazón, pero no lograba percibir en toda su profundidad la experiencia que Jesús quería compartir con nosotros. Lo he ido comprendiendo más tarde, poco a poco, cuanto también yo he experimentado cómo Dios se cuida de nosotros. Han resonado tantas veces en mi interior sus palabras:

—*No andéis preocupados pensando qué vais a comer o con qué vestido vais a cubrir vuestro cuerpo. ¡La vida es más importante que el alimento y el cuerpo más que el vestido! ¿No lo entendéis?*

—*Sí, Maestro, dijo Felipe, pero ¿no hemos de prever para mañana?*

—*Mira Felipe, mirad todos, mirad a los cuervos; no siembran ni siegan ni tienen despensas ni graneros ¡Y Dios los alimenta! Decidme una cosa ¿No valéis vosotros más que los pájaros? Y mirad los lirios... no se afanan ni hilan ¡Y Dios los viste de esplendor! ¿Cuánto más hará por vosotros? Así, no andéis afanados y preocupados porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis.*

Nuestro padre, eso es. Dios sabe de lo que tenemos necesidad. Jesús no nos invitaba a descuidar nuestras responsabilidades, sino a aprender a vivir confiando en su presencia y en su cuidado ¡Qué difícil se me hizo comprenderlo! Tan acostumbrado como estaba a vivir pensando en mañana, no me resultaba sencillo aceptar que cada día tiene su afán y que Dios se ocupa de nosotros sin que nos falte lo necesario. Una vez se trataba de un cambio de mentalidad, de un vuelco en la propia escala de valores que me compromete a apuntar a lo fundamental y vivir desprendido de todo aquello que no sea Dios y las personas a las

que sirvo. Comprenderás, Jonás, que para un joven idealista y ambicioso como yo, aquellas palabras tenían la fuerza de una revolución pero la ambigüedad de quien sigue estando demasiado seguro de sí mismo.

Se trataba, en definitiva, de caminar por el arduo desfiladero de la sencillez y me parecía que yo no estaba dispuesto a seguir por ese camino a cualquier precio. Por entonces todavía soñaba con ser fuerte y poderoso. Probablemente la mayor lección que todavía me quedaba por aprender era precisamente la de la confianza y la autenticidad que son expresión de un corazón sencillo. Para mí fue reveladora la oración que compartimos con Jesús al caer de la tarde en las afueras de Cafarnaún. Recuerdo muy bien sus palabras llenas de fuerza. Jesús exclamó:

—*Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has dado a conocer a los sencillos.*

Jesús, como en tantas ocasiones, hablaba con su Padre con una intimidad inusitada. ¡Padre! Y estas cosas las ha revelado Dios a los de corazón sencillo. Quizás por eso todavía me costaba entender. ¡Mi corazón estaba lleno de soberbia y engreimiento! ¡Qué lejos de lo que Jesús nos proponía! Para acoger el reino, para vivir la propuesta del Maestro hay que hacerse sencillos. Es puro don, no fruto del esfuerzo de los sabios y potentes. También yo he de abandonar el pesado fardo de la vieja ley y cargar con el yugo suave de la entrega, la confianza y la gratuidad. Pero esto, Jonás, solo lo he podido acoger desde el corazón al contemplar a Jesús, sencillo y humilde de corazón, colgado del madero y desgarrado por los tormentos. Solo el amor hace la carga suave y el yugo llevadero.

Pensarás que estoy loco, pero creo firmemente que este es el camino.

## El servicio

No dejan de agolparse recuerdos en mi memoria y me cuesta ordenar las ideas. Es como un torbellino que me hace saltar de un acontecimiento a otro haciendo desfilar por mi mente recuerdos y experiencias que jamás podrá olvidar.

Mi querido Jonás, espero que puedas leer entre líneas lo importante que fueron para mí esos meses de encuentro con Jesús. Estuve pendiente de sus labios, atento a sus signos, dispuesto a seguirlo hasta el final. El final... ¡Ah, el final! Jerusalén estaba todavía lejos, pero ¡qué deprisa sucedió todo! Disculpa, amigo. Voy demasiado alocado. Trato de poner orden a mis recuerdos.

Aquel día, camino ya de Jerusalén para la fiesta, Jesús nos habló del poder. Lo recuerdo muy bien porque nunca hasta entonces Jesús había hablado así de lo que estaba por venir. Íbamos por el camino cuando se acercó hasta nosotros la madre de Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo. Nos extrañó verla tan cerca del Maestro pero cuando quisimos darnos cuenta estaba postrada a sus pies como para rogarle algo. Jesús, sorprendido, le preguntó:

—Mujer, ¿qué quieres?

—Manda que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y otro a tu izquierda, en tu Reino.

Todos pudimos oírla. Nos pareció, desde luego, una locura por su parte y una imprudencia. Es verdad que, por aquel entonces, muchos esperaban que el Reino de Dios tuviese una manifestación inmediata y llena de poder y de gloria. Pero lo que aquella mujer pedía estaba fuera de toda lógica, sólo explicable – desde luego – por el amor de una madre hacia sus hijos. En unos instantes, todos estábamos expectantes ante la respuesta del Maestro.

—No sabéis lo que pedís. ¿Estáis dispuestos a seguir conmigo hasta el final? ¿Estáis dispuestos a entregar la vida, si fuera necesario?

Santiago y Juan, que amaban verdaderamente a Jesús, exclamaron convencidos:

—¡Claro, Maestro! Estaremos contigo hasta el final. Dispuestos a todo.

Jesús los miró con cariño, como en tantas otras ocasiones, y continuó:

—*Sé que estaréis conmigo hasta el final. Beberéis la misma copa amarga que yo, pero el sitio a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí otorgarlo sino al Padre.*

Cuando oímos esto, todos nos indignamos y comenzamos a criticar a Santiago y a Juan por su desfachatez. Todos teníamos el mismo derecho que ellos a estar a la derecha de Jesús. ¿Por qué Santiago y Juan? ¿Eran más importantes que todos los demás? La rabia y la envidia nos encendieron y empezamos a discutir sobre quién de nosotros lo merecía más. Una vez más, ¡Qué equivocados estábamos, Jonás! Creíamos que el poder nos hace más importantes o que nos daba más autoridad ante los otros. Andábamos en la lógica del estar por encima de los demás, de tener más que los otros o simplemente creernos con más derechos por ser más fuertes. Era una lógica normal, todos pensaban así. También nosotros. No habíamos comprendido nada de la "lógica" de Jesús, de la lógica del Reino que daba la vuelta una y otro vez a nuestros esquemas torpes y ramplones. Jesús tomó de nuevo la palabra y puso un poco de cordura en aquella discusión que parecía no acabar nunca y cada vez se encendía más:

—¿Sabéis algo? - Nos dijo; *los jefes de las naciones las dominan con poder absoluto y los grandes las oprimen con tiranía. ¡Qué entre vosotros no sea así! ¿Nos habéis dado cuenta de que el Reino de Dios no es como las naciones de la tierra?*

—Pero Maestro yo..., comenzó a decir Santiago.

—No, Santiago, no. El que de vosotros quiera ser el primero, habrá de ser el servidor de todos; el que quiera ser grande, que se haga el esclavo de todos. Esta es la lógica del Reino que empieza a crecer en medio de nosotros, imparables, por el poder de Dios. Ya lo dijo Isaías ¿no lo recordáis? El siervo de Yahveh es justo eso, esclavo que no ha venido a ser servido sino a servir y a dar la vida como rescate por muchos.

Pendientes de sus labios, todos nos quedamos atónitos. No supimos que contestar y acabó la discusión volviendo cada cual al camino conversando en voz baja, avergonzados de nuestra testarudez y cortedad de miras. Por lo que a mí respecta, te aseguro, Jonás, que no logré entender bien lo que Jesús acababa de decir. No creas que me fue fácil darle la vuelta a mi manera de pensar. Ahora veo que mi corazón estaba todavía demasiado pegado al suelo y mi mirada obcecada en un modo de interpretar el mundo que no se parecía nada al que Jesús nos proponía.



Le he dado muchas vueltas a este asunto, ¿sabes? El poder, el dominio, el ser superior a los demás es una fuerte tentación que siempre ha ejercido una gran fascinación sobre mí. Tras el episodio de los Zebedeo, caminando un rato a solas y envuelto en mis pensamientos, recordé lo que sucedió unos días antes, cuando estábamos al otro lado del Jordán y le presentaron a Jesús unos niños.

A mí nunca me han gustado los niños. Son sucios y ruidosos. Molestan siempre y no paran de incordiar cuando están a tu lado. Siempre trato de evitarlos. Aquel día, sudorosos del camino, estábamos descansando bajo un árbol aceptando la hospitalidad de unos pastores que nos ofrecieron algo fresco para beber. Entonces, una mujer se acercó a Jesús con sus hijos pequeños, tres varones y una niña, para que los bendijera. Jesús les sonrió y los besó. Acarició con ternura sus mejillas y alborotó sus cabellos en un gesto de cariño y simpatía. Estábamos algo distraídos viendo la escena cuando el Maestro nos sorprendió a con una pregunta a bocajarro:

—¿Sabéis quién es el más grande en el Reino de los cielos?

Nos miramos unos a otros sin saber qué responder sabiendo que Jesús continuaría hablando. Cogió a uno de los pequeños en brazos y lo besó de nuevo. Entonces, dijo:

—Si no os hacéis como un niño no podréis entrar en el Reino de los cielos. El que se haga pequeño como un niño, ése es el más grande en el Reino.

No recuerdo bien cómo terminó la escena. Probablemente los niños se marcharan sin más con su madre, contenta de los gestos de cariño del profeta galileo. Los demás seguimos descansando un rato sin que nadie añadiera ningún comentario a la enseñanza del Maestro. Pero para mí no fue indiferente aquel gesto de Jesús con los pequeños. Y, sobre todo, no me pasaron desapercibidas sus

palabras: “¡Ser como niños!”. Sin duda Jesús quería hacernos comprender algo para lo que no estábamos preparados. Ser sencillos, simples, pequeños, con una mirada transparente, como los niños, era algo que no entraba fácilmente en mis esquemas. Sobre todo cuando había crecido en la idea de ser fuerte, no dejarme pisar, desconfiar de todos. Y ahora el Maestro nos pedía ser como niños. “¿Y así vamos a hacer la revolución?” “¿Y así va a surgir el Reino?” Pensé. El calor del mediodía y el gusanillo del hambre en mi estómago hicieron el resto para en unos instantes dejara de pensar en semejante tontería.

Ha pasado el tiempo desde aquellos dos sucesos que te he referido. Han sucedido muchas cosas. Ahora, querido Jonás, cuando todo ha terminado empiezo a entender mejor lo que Jesús quiso enseñarnos. Me contó Santiago, el de Zebedeo, lo que sucedió la noche antes de morir Jesús. Me lo contó con lágrimas en los ojos, seguramente recordando el episodio del camino y reprochándose haber sido tan estúpido.

El Señor Jesús, la noche que estaba cenando con sus discípulos antes de ser entregado, se despojó del manto, se ciñó una toalla y cogiendo la jofaina se inclinó para lavar los pies a sus discípulos secándoselos con la toalla. Los doce, me refirió Santiago, no salían de su asombro. Cuando le tocó el turno a Pedro, con el rostro visiblemente contrariado, se levantó y dijo:

—¿Lavarme los pies tú a mí? ¡No me lavarás los pies jamás!

Jesús, pacientemente, le respondió

—*Si no te lavo los pies, no tienes nada que ver conmigo.*

—*Señor, entonces, no sólo los pies sino las manos y la cabeza,* añadió Pedro.

—*El que se ha bañado no necesita lavarse. Está ya limpio.*

Al terminar de lavar los pies a todos, Jesús volvió a la mesa y continuó hablando.

—¿Habéis entendido lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor. Y decís bien, porque lo soy. Pues, si yo, el Maestro y el Señor he hecho esto con vosotros, haced también vosotros lo mismo. Debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que también vosotros hagáis como yo he hecho.

Dice Santiago que aquella fue una cena entrañable. Pero también llena de tristeza porque sonaba a despedida. Aunque bien poco podían imaginar cómo iba a suceder todo. Aquella noche, larga y negra noche, todo sucedió más deprisa de lo esperado. Pero sobre esto, ya te contaré más adelante.

¿Te has dado cuenta, Jonás? El Señor Jesús lavó los pies a sus discípulos antes de morir. Justo antes de morir. El gesto de la cena, inclinado sobre sus discípulos, cobra sentido a la luz de lo que sucedió después. Servir, lavar los pies a los otros, inclinarse ante los hermanos, no es más que una forma de dar la vida. Jesús anticipó su propia muerte en aquel gesto de humildad. Nos quiso hacer entender que el más grande es quien más sirve. Que el gesto supremo de grandeza es dar la vida por los que se ama.

No hay más libertad, Jonás, que la de romperse – como el grano de trigo en el surco – por los demás. Jesús quiso darnos ejemplo ayudándonos a comprender que también él estuvo entre nosotros como el que sirve. No hay mayor grandeza, no hay mayor poder que la debilidad del que se hace pequeño, a merced de todos, para servir.

La muerte es la máxima expresión de la debilidad. Pero en Jesús cobra la fuerza del que ha *partido* su vida con coherencia y libertad, con la dignidad de quien entrega su existencia por puro amor. Y solo el amor, Jonás, es digno de ser creído. Yo, amigo mío, he creído.

Disponible en nuestra web

5%

ENTREGA  
24/48  
HORAS

FREE

\*Entrega por agencia en 24 a 48 horas en capitales de provincia.



El mundo digital no es el mundo nuevo que se nos aproxima, sino que es la realidad que nos envuelve. Es evidente que la irrupción de la tecnología digital está teniendo un gran impacto entre nosotros, un impacto que se deja ver en la nueva forma de entenderse el ser humano a sí mismo. Lo digital está dejando huellas antropológicas, por eso está claro que tenemos en el mundo digital un reto importante. Un libro para ayudar a padres, madres y educadores a comprender el mundo digital que nos ha tocado vivir, sin miedo.

P.V.P. 12,00 €

 EDITORIAL  
CCS

[www.editorialccs.com](http://www.editorialccs.com)

✉ Calle Alcalá 166. 28028 Madrid ☎ 91 725 20 00 @ sei@editorialccs.com

 @EditorialCCS

 facebook.com /EditorialCCS